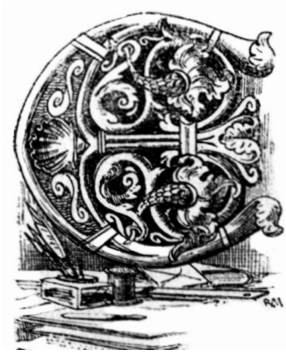
¿*QUO VADIS* MARTÍN ÁLVAREZ?

Samuel MORALES MORALES



L 14 de febrero de 1797, una escuadra española mandada por el almirante Córdoba fue derrotada por otra inglesa cerca del cabo San Vicente. A los ingleses los mandaba el almirante Jervis, que tenía menos barcos, pero tripulaciones mejor adiestradas y con más ganas de pelea. Durante el abordaje británico del *San Nicolás*, el comandante don Tomás Geraldino sitúa en la toldilla, donde ondea la bandera, a un infante de Marina con orden de que nadie la arríe y rinda el navío. La misión ha recaído sobre un granadero extremeño de 31 años que se llama Martín Álvarez Galán. Cuando el trozo de abordaje inglés llega a la toldilla, y el sargento mayor de marines William Morris

Pintura de Robert Cleveley sobre la batalla del cabo de San Vicente.
(Foto: *www.wikipedia.org*).

pretende arriar la bandera, Martín Álvarez le pega un sablazo al tal Morris que lo clava en un mamparo, con tal fuerza que no logra liberar el sable; así que agarra un fusil como maza, mata a golpes a un segundo oficial inglés y deja heridos a otros dos rubios antes de que lo frían a tiros. Y es ahí donde el comodoro Nelson, que ha presenciado la escena, se porta como un hidalgo: cuando están recogiendo a los muertos para arrojarlos al mar con una bala de cañón como lastre, ordena que a Martín Álvarez lo envuelvan en la bandera que con tanto valor defendió. Y surge la sorpresa: el granadero no está muerto, sino malherido. Y lo evacuan a un hospital portugués, donde salva la vida.

Este extracto de un artículo del escritor Pérez-Reverte, titulado *El sable y el granadero,* rememora el valor de Martín Álvarez. Su gesta también ha sido inmortalizada por el pintor Augusto Ferrer-Dalmau en el cuadro *Mi bandera,* donado por el Gobierno de Extremadura al Cuerpo de Infantería de Marina; además, ha quedado patente en Gibraltar, donde existe un cañón con una placa que reza: «Hurra por el *Captain*, hurra por el *San Nicolás*, hurra por Martín Álvarez», o en el Museo Naval de Londres, donde se conserva, con veneración y respeto, el sable con el que, bajo la bandera del navío vencido pero no rendido, un humilde infante de Marina español clavó en un mamparo al sargento mayor William Morris.

En este artículo, que cierra la serie *Quo Vadis* —en la que se ha abordado de forma somera la influencia que la evolución del entorno geopolítico puede tener sobre la tipología de los conflictos en general y sobre el ámbito marítimo en particular—, se analizan de modo subjetivo los desafíos y oportunidades a los que se enfrenta el Cuerpo de Infantería de Marina ante la evolución no solo del entorno en el que se desarrollan los conflictos, sino también del carácter de los actores y amenazas a los que se enfrenta la Seguridad Nacional.

El futuro tiene mucho en común con el pasado

No hay ninguna base racional que sustente la creencia de que el futuro tiene que ser como el pasado y, a pesar de que la experiencia pasada no puede ser en ningún caso garantía de futuro, es evidente que condiciona en gran medida nuestra propia idiosincrasia y debe servirnos como paso previo en el análisis de opciones futuras.

Las operaciones anfibias han constituido un elemento de la guerra naval desde hace más de 2.000 años, explotando las aguas litorales como espacio de maniobra para atacar los puntos débiles del adversario, reforzar las posiciones propias y apoyar al establecimiento del control del mar. Tucídides ya refiere que «la más antigua guerra que sepamos haberse hecho por mar fue entre los corintios y los corcirenses, hará a lo más doscientos sesenta años», para añadir posteriormente al referirse a los griegos: «Los que se unieron a ellos adquirieron gran poder, renta y señorío de las otras gentes; porque navegando con armada sojuzgaron muchos lugares».

Sin embargo, la creación del Cuerpo de Infantería de Marina es mucho más reciente y se produce como respuesta orgánica al desafío estratégico que representaban las campañas de Solimán el Magnífico y que amenazaban a toda la Europa cristiana en el siglo XVI. Durante el invierno de 1564 se tuvo conocimiento de que los turcos preparaban una poderosa flota para atacar Italia, España o Malta. Finalmente el ataque se produjo el 7 de septiembre de 1565 sobre Malta, constituida como clave del arco defensivo que protegía el Mediterráneo Central. A pesar de la alerta producida, fueron necesarios cuatro meses para reaccionar a la esperada acción turca. Felipe II tomó conciencia de la situación límite a la que se había llegado y optó por organizar fuerzas que estuviesen en condiciones de combatir tanto a bordo como en tierra y que mantuviesen una disponibilidad absoluta.

Sin embargo, y a pesar de haber forjado y puesto a prueba sus potencialidades en las más duras circunstancias —o como escribió el propio Cervantes, «en la más alta ocasión que vieron los siglos», al referirse a la batalla de Lepanto—, el Cuerpo de Infantería de Marina se ha visto sometido a lo largo de la historia a procesos de reinvención, que cuando se han alejado de su

cometido fundamental, el desarrollo de operaciones anfibias, han resultado devastadores.

En 1717 el ministro Patiño llevó a cabo una profunda reorganización tanto del Ejército como de la Armada. Con la creación del Cuerpo de Batallones de Marina, orientado fundamentalmente a la misión de guarnición de buques, limitó de forma decisiva las posibilidades anfibias de la Armada. Esta reorganización, que se extendió hasta 1823, trajo consigo una importante reducción de efectivos, que provocó que en muchas ocasiones sus cometidos fueran desarrollados por unidades del Ejército, por lo que comenzó a plantearse la necesidad de continuar afrontando el sostenimiento del gasto derivado de mantener el Cuerpo de Batallones.

Entre 1827 y 1957 se producen una serie de reorganizaciones y reinvenciones derivadas de la pérdida del objetivo fundamental de proporcionar una fuerza anfibia que llevaron, debido a la duplicidad de cometidos con el Ejército, a que en 1841 el ministro de Marina García Camba transfiriese la Infantería de Marina al Ejército, que formó el Regimiento Asturias número 31. Finalmente tuvo que llegar en 1882 el almirante Pavía para resucitar el espíritu de fuerza anfibia que había nacido con Felipe II.

La tradicional falta de valor otorgada a la Infantería de Marina en España se evidenció nuevamente en 1925, cuando se desaprovechó el éxito del desembarco de Alhucemas en un momento en el que casi todas las naciones que contaban con unidades anfibias habían comenzado un proceso de descomposición tras el desastre de Galípoli en 1915. Fue necesario que Estados Unidos reviviese la genialidad española, fundamentalmente durante la campaña del Pacífico, para que en España se valorase la existencia de una fuerza especializada en la guerra anfibia.

La aproximación a la zona anfibia objetivo

En la actualidad nos encontrábamos ante un cambio de paradigma en el orden mundial caracterizado por la transicición desde un mundo unipolar hacia otro multipolar pendiente de concretarse en toda su extensión. Cambio que influye de forma decisiva en el modo tradicional de entender el conflicto, anclado en el tradicional concepto napoleónico-industrial de enfrentamiento entre grandes ejércitos, y que en el futuro estará caracterizado por la convergencia: de actores, de ámbitos, de tácticas, de modos de conducir los conflictos y de narrativas.

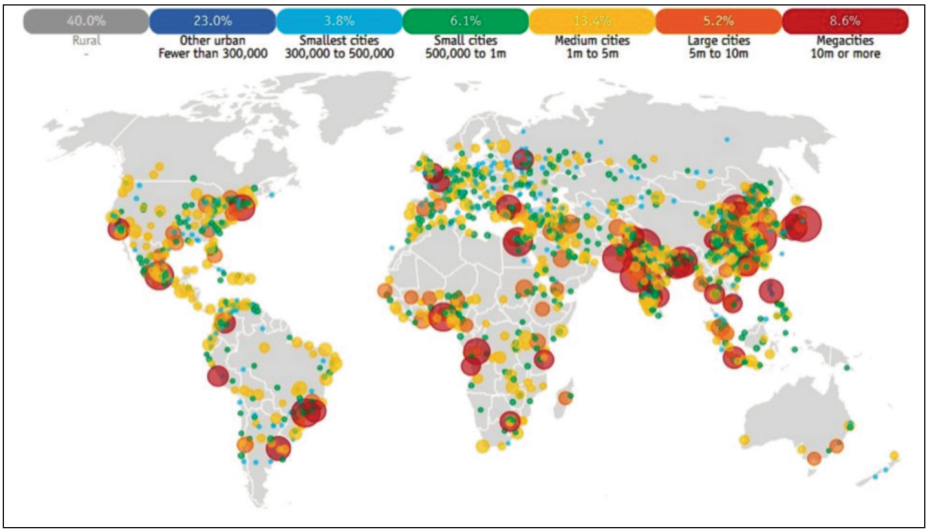
Todo ello obliga a una nueva aproximación en la forma en la que se planean y conducen las operaciones militares, donde la principal característica vendrá determinada por la adaptabilidad y requerirá un profundo cambio en la organización de las estructuras operativas, así como en el adiestramiento y el modelo de liderazgo, residiendo su verdadera fortaleza en el nivel de integración de

las diferentes unidades, en su agilidad y, de forma fundamental, en su adaptabilidad a un entorno cambiante e incierto.

En este contexto, España se encuentra, debido a su posición geográfica, particularmente expuesta al sur. En nuestro espacio geográfico próximo se sitúan algunas de las zonas vitales para la Seguridad Nacional, materializadas por el Mediterráneo en su definición más amplia, el golfo de Guinea, la región sahelo-magrebí y el Cuerno de África. Zonas que en gran medida se encuentran conectadas por el entorno marítimo, un entorno que debe ser considerado más como espacio de maniobra y oportunidades que como un obstáculo. Este entorno está dominado por el mar Mediterráneo, puente estratégico para la seguridad de la Unión Europea; pero no se agota ahí, sino que también alcanza a la fachada atlántica del continente africano y, en menor medida, a su vertiente oriental.

Debemos tener en cuenta que la fragilidad de los países africanos comprendidos en estas zonas ha aumentado en los últimos años en aspectos como el desarrollo económico, la situación política o los desafíos de orden sectario debido a causas de carácter más estructurales que coyunturales, incrementando no solo la inestabilidad general de la región, sino también efectos más específicos como los fenómenos migratorios o el auge de grupos terroristas e insurgentes.

En esta región se ha multiplicado por cinco la población entre 1950 y 2015, estimándose que se incrementará otro 50 por 100 hasta 2050. También el nivel de urbanización ha crecido durante ese mismo período del 30 al 60 por 100,



Nivel de urbanización previsto en 2030.
(http://www.economist.com/node/21642053?fsrc=scn/tw/te/bl/ed/megacities)

provocando el surgimiento de megaciudades, en las que se encuentran grupos étnicos y tribales en un grado no conocido hasta la fecha en estos países.

Esta acumulación de riesgos favorece la aparición de un arco de inestabilidad que recorre la región de oeste a este y que tiene la capacidad potencial de afectar a nuestra seguridad; arco de inestabilidad caracterizado en los próximos años, según un estudio de *The Economist*, por la concentración humana en el litoral, aspecto que permite identificar la zona en la que previsiblemente se generarán las amenazas para la estabilidad de la región: la zona litoral.

Así, la capacidad anfibia será una necesidad fundamental para que un poder naval pueda proyectarse en tierra y ser realmente resolutivo. Esta proyección es una de las tareas que posee mayor complejidad para cualquier marina de guerra, pero que también proporciona unas notables capacidades de prevención y disuasión. Esta realidad no desaparecerá en los próximos años, pero solo podrá ser explotada por aquellas unidades que hayan sabido adaptarse al entorno descrito.

Sin embargo, la proyección del poder naval sobre la zona litoral requiere previamente superar física y conceptualmente la idea que representa la cabeza de playa para centrarse en dos objetivos principales. El primero, proporcionar la capacidad de alcanzar efectos militares mediante su aplicación; el segundo, convertirse en una eventual herramienta de carácter político. Además, la ambición de realizar esta evolución se debe fundamentar en dos aspectos: en el fomento de una verdadera capacidad de adaptación que posibilite hacer frente a las amenazas existentes y en la adquisición de un nivel de alistamiento, adiestramiento y equipamiento adecuados para proyectarse de forma efectiva sobre el litoral.

Oportunidades más allá de la cabeza de playa

El cambio producido en el entorno operacional requiere el desarrollo de un proceso de análisis sosegado y profundo que permita establecer las líneas maestras que deben orientar el proceso de adaptación del Cuerpo a esta nueva realidad, tanto desde el punto de vista del recurso material y personal como en los cometidos a desarrollar dentro de las Fuerzas Armadas. El proceso desarrollado con motivo de la publicación del documento *Infantería de Marina 2025* se ha visto superado tras la publicación de los *Conceptos de Transformación de las Fuerzas Armadas* en 2014 y más recientemente del *Concepto de Empleo de las Fuerzas Armadas* en 2017. Todo ello hace necesaria una nueva visión con un horizonte más amplio que guíe las actuaciones a corto plazo.

Este proceso debe basarse en ideas innovadoras, como fue acercar la estructura orgánica a la operativa, concepto que ha sido replicado por el Ejército de Tierra con la evolución de sus brigadas hacia las Brigadas Operativas Poliva-

lentes. Este ejercicio, por una parte, debería huir del cortoplacismo, de un erróneo afán de homogeneización con las antedichas brigadas o de conceptos doctrinales no sustentados en el *corpus* doctrinal de la Armada y de la Fuerza Conjunta; y, por otra parte, debe explotar la especificidad que proporcionan las operaciones anfibias.

La reinvención fuera del entorno natural representado por el ámbito específico de estas operaciones, no solo diluye nuestras posibilidades al situarnos en una posición donde ya existe una estructura, la del Ejército de Tierra, con suficientes y adecuadas capacidades, sino que además, por reciprocidad, podría abrir nuestro campo natural de actuación a la implantación de otros modelos de fuerzas anfibias a semejanza de lo que ocurre en Francia.

El aprovechamiento de las oportunidades que ofrece este cambio de paradigma a la Infantería de Marina pasa por el mantenimiento de un elevado nivel de disponibilidad y alistamiento, tanto de las capacidades que se determinen como de los medios de apoyo que se consideren necesarios en el seno de la propia Armada pero también fuera de ella, para estar en disposición de garantizar una verdadera capacidad expedicionaria.

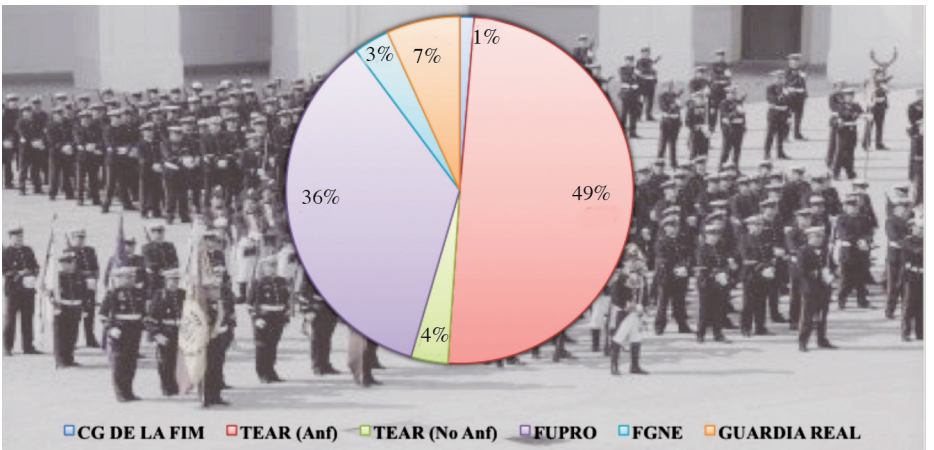
Así, será necesario aprovechar las capacidades de mando y control que proporciona el desarrollo tecnológico, fomentar el empleo de organizaciones operativas ligeras y muy móviles, con capacidad de desarrollar operaciones militares de una forma más dinámica y activa y que deberán ser capaces de desarrollar sus acciones estableciendo un elevado *tempo* en las operaciones que le permita degradar el ciclo de decisión del adversario, tomando ventaja de ello.

En consecuencia, se infiere que las capacidades necesarias, teniendo siempre en mente una actuación desde el mar, se concretan en:

— Conectores para el transporte de medios por superficie desde una distancia que proporcione seguridad a los buques anfibios.
— Medios de transporte aéreo que aporten profundidad, velocidad, capacidad y protección para desarrollar acciones de carácter decisivo.
— Medios de apoyo de fuego que fomenten la acción conjunta y la exploración de nuevas posibilidades tecnológicas.

Una playa plagada de obstáculos que superar

Tradicionalmente siempre ha existido un debate en el seno del Cuerpo sobre el modelo de fuerza anfibia que debía orientar su organización. La extrapolación de uno u otro modelo no puede realizarse aisladamente sin valorar profundamente no solo esos modelos, sino también el entorno histórico, cultural y social de los países en los que estos modelos están implantados, así como nuestra propia realidad.



Distribución aproximada de efectivos en el Cuerpo de Infantería de Marina.

Según la Orden de Defensa 166/2015, por la que se desarrolla la organización básica de las Fuerzas Armadas, la Fuerza de Infantería de Marina está constituida por un Estado Mayor y un conjunto de unidades preparadas principalmente para constituir, de forma rápida y eficaz, las organizaciones operativas para la realización de operaciones militares iniciadas en la mar; así como dar protección y seguridad física de las personas y unidades de la Armada. Destaca en esta asignación de cometidos la primacía proporcionada a la proyección del Poder Naval sobre tierra, mediante la realización de operaciones militares en la costa, iniciadas en la mar, que ya era contemplada por la Instrucción 59/2009 del almirante jefe de Estado Mayor de la Armada por la que se desarrollaba la organización de la Fuerza de la Armada.

Para afrontar estos cometidos, la Infantería de Marina estructura su Fuerza en un Cuartel General, una Brigada Anfibia, una Fuerza de Protección y una Fuerza de Guerra Naval Especial. Además, también debe atender a sus compromisos para cubrir los puestos en la plantilla del resto de la Armada, en los órganos de la estructura conjunta y en la Guardia Real. Todo ello con una fuerza que no supera los 5.000 efectivos.

De esta manera, y de forma aproximada, la distribución del recurso de personal orientado al cometido principal establecido, las operaciones anfibias, representa el 50 por 100 del total de los efectivos del Cuerpo. Es facil inferir que la exportación de cualquier modelo organizativo no puede realizarse obviando la realidad de nuestro país, los cometidos asignados a la Fuerza de Infantería de Marina, ni tampoco el reparto de personal del Cuerpo para desempeñar sus obligaciones. Esta distribución de personal hace que la comparación con otros modelos organizativos necesite ser contextualizada teniendo en cuenta nuestra

realidad en lo que respecta al carácter regional en aspectos como captación y retención del personal. En cualquier caso, a pesar de que la actual organización y distribución de personal no parecen *a priori* proporcionar la primacía a la Proyección del Poder Naval sobre tierra, esta pudiera requerir solamente una racionalización de cometidos en aquellas unidades integradas en la Fuerza externas a la Brigada y la inclusión de objetivos de adiestramiento orientados a cometidos anfibios bajo una dirección centralizada que asegure la necesaria sincronización y priorización de esfuerzos.

El futuro del Cuerpo pasa indudablemente por el potenciamiento de la proyección estratégica y las misiones de Proyección del Poder Naval sobre tierra; cualquier otro enfoque sería confundir la parte con el todo. Además, no podemos obviar que ambos aspectos no necesariamente están asociados a unidades anfibias, como lo demuestra la existencia del modelo francés, que aunque criticado y menos eficaz no solo sobrevive, sino que es utilizado por el país galo constantemente con gran efectividad. O también, la hipótesis de estudio adoptada en el Reino Unido de reducir los buques anfibios y los efectivos de los Royal Marines ante la crisis de recursos que enfrenta la Royal Navy.

A nuestro juicio, el aspecto más importante en el que se debe sustentar esta transformación es en un renovado estilo de liderazgo, más orientado a su ejercicio a través de la influencia que mediante el mando. El comandante debe desarrollar un liderazgo que fomente la iniciativa de los mandos subordinados, así como la toma de decisiones en esos niveles; que facilite la coordinación entre ellos e incluso con otros actores concernidos, todo ello sin recurrir al micromando o a la microgestión de sus estados mayores.

El *San Nicolás*, con el granadero Martín Álvarez a bordo, se enfrentó a una escuadra inglesa en la que imperaba un estilo de liderazgo diferente del vigente en la Armada española de aquella época. Cuando los navíos españoles comenzaron una maniobra para pasar a sotavento y cortar así la línea británica, el comodoro Nelson, que a bordo del *Captain* navegaba más retrasado en su línea y tenía mejor vista que el propio almirante Jervis, maniobró para impedirlo. Calder, comandante del *Victory*, hizo una velada crítica a Nelson que fue oportunamente callada por Jervis: «Ya lo he visto Calder, y esté usted seguro de que también le perdonaré si alguna vez es capaz de cometer una falta semejante».

La superioridad naval de los ingleses se debía a su superior preparación técnica y a la mejor dotación de sus buques, pero sobre todo a la capacidad de mando de sus comandantes, que tenían mayor libertad a la hora de tomar decisiones según como discurriera la contienda en cada momento. Estos cambios, decididos a última hora en función de las condiciones de la batalla, permitían a los comandantes ingleses una gran libertad en la toma de decisiones al elegir la mejor en cada momento en función de las condiciones de la lid, situándolos tácticamente por encima de sus adversarios, cuyos comandantes se arriesgaban a un consejo de guerra si alteraban mínimamente las órdenes recibidas.

Esta filosofía de liderazgo representa en la actualidad el paradigma al que se enfrentan las organizaciones militares si quieren superar con efectividad un entorno operacional cada vez más incierto. En general, cuanto más sencilla es una organización, más se facilita la comprensión del entorno, el empleo de las capacidades y las posibilidades de cada uno de los elementos subordinados. Además, la simplicidad facilita la toma de decisiones en los niveles subordinados y permite responder de forma más oportuna al dinamismo de las operaciones actuales.

De esta forma, cuando los niveles subordinados poseen la autoridad y libertad para tomar decisiones en sus áreas de responsabilidad, el nivel de decisiones que debe resolver el nivel superior, así como la cantidad de información que debe gestionar, disminuyen de forma considerable, permitiendo un empleo más efectivo de los recursos disponibles en cada uno de los niveles.

Este modelo de liderazgo debería convertirse en una seña de identidad propia en todos los niveles del Cuerpo, en el que se deberá fomentar la iniciativa, la libertad de acción y la implicación de todos los subordinados. Más que indicar el «qué» para que las unidades subordinadas desarrollen el «cómo», habría que tender al «por qué y para qué», dejando que las unidades subordinadas nos sorprendan con el «qué» y el «cómo». Para ello se requiere de un sistema sustentado en profesionales efectivos, comprometidos, proactivos y responsables de su esfera de trabajo, aspectos cuya promoción es responsabilidad del Mando.

Conclusiones

Ningún analista duda de que Europa transita uno de los momentos históricos en el que enfrenta un mayor número de desafíos en términos de seguridad. España, por su posición geográfica, inevitablemente se verá afectada por las turbulencias africanas. Además, nuestra propia tradición histórica hace que proporcionemos una gran importancia a la dimensión marítima de la Seguridad Nacional. Como país marítimo, siempre hemos sido conscientes de las implicaciones que la seguridad en este ámbito posee para el normal desarrollo y el bienestar de los ciudadanos. Por todo ello, con una limitada capacidad de proyección estratégica por vía aérea, el mantenimiento de una capacidad anfibia verosímil es una necesidad fundamental más que una opción posible.

En el ámbito naval, el mantenimiento de esta capacidad es vital, ya que para que el poder naval sea realmente resolutivo en un entorno litoral, tiene necesariamente que proyectarse en tierra. No se atisba que la importancia de la proyección del poder naval sobre tierra vaya a desaparecer en los próximos años; pero solo aquellas unidades que hayan sabido adaptarse a un entorno dinámico e incierto, manteniendo una mentalidad alejada de pensamientos encapsulados o aprioristas, podrán explotar las oportunidades que presenta el futuro.

Algunos conceptos aceptados tradicionalmente como inmutables se han visto superados por la evolución de la realidad mundial, dando lugar a una modernidad de carácter líquido, donde aspectos hasta ahora estables han pasado a tener un carácter más fluido y dinámico. Como refirió el anterior ministro de Defensa en alguna ocasión, «si quieres permanecer donde estás, tendrás que transformarte lo más rápido que puedas; si quieres mejorar, tendrás que hacerlo a doble velocidad».

Para afrontar esta transformación, el principal desafío al que se enfrentará el Cuerpo es la falta de preparación mental para abandonar concepciones obsoletas e insostenibles que puedan llegar a impedir una adecuada anticipación de las respuestas necesarias ante las nuevas amenazas y escenarios, ya que vivimos en un mundo de enfrentamientos y conflictos permanentes, donde la herramienta militar debe utilizar medios diferentes para obtener el resultado buscado.

En consecuencia es necesario adaptarse rápidamente a la incertidumbre que producen los cambios constantes de la situación. Las posibilidad de adaptar las capacidades anfibias a estos retos ya ha sido plasmada por otros autores, realizando una asimilación entre los conceptos doctrinales de demostración, raid, asalto y retirada anfibia con una operación de ayuda humanitaria, rescate de rehenes, ataque con helicópteros artillados o de evacuación de no combatientes, respectivamente. A estos cometidos también podría añadirse la asistencia militar, aspecto cada vez más demandado y que desde una perspectiva anfibia, allí donde sea posible, reduce los riesgos asociados al establecimiento de una gran firma logística en tierra.

En 1940 Sir Winston Churchil afirmaba: «Nos esperan largos meses de tinieblas, de pruebas y tribulaciones… No solo de grandes peligros, sino de sinsabores y decepciones está lleno nuestro futuro. Las privaciones serán nuestro uniforme, y la constancia y el valor, nuestro escudo». La verdadera preocupación de los infantes de Marina, lejos de aspectos de carácter coyuntural, debe ser proporcionar unas capacidades únicas a las Fuerzas Armadas en condiciones óptimas de alistamiento y disponibilidad.

Para ello es imprescindible adaptarse al actual entorno y tomar ventaja de las oportunidades que este presenta, lo que hace necesario contar con un Fuerza adaptable, ligera, capaz de operar en espacios geográficos amplios y que ofrezca capacidades específicas y únicas para ser utilizadas en el marco de la estructura operativa de las Fuerzas Armadas.

Esta reorientación posiblemente requiera una revolución militar, tanto en el cuerpo doctrinal como en la estructura orgánica y en la necesidad de capacidades, por lo que se evidencia la necesidad de afrontar un profundo proceso de reflexión que establezca la situación final deseada en un horizonte amplio, así como los objetivos a alcanzar y las fases a seguir a corto y medio plazo. Este proceso, lejos de desarrollarse en un entorno aislado, debe apoyarse en toda la estructura de la Armada, convirtiéndose no en un objetivo del Cuerpo de Infantería de Marina, sino de toda la Institución.